

padre? ¿No hay que glorificar también la naturaleza? Y por estar tan apegado a Adán, lo está menos a Jesucristo. Es lo que decíamos antes: el cristiano según la moda no es lo bastante cristiano.

6º Las verdades disminuidas.

Pero ¿cómo ha sucedido esto? Una frase de los Salmos nos da la solución del enigma: «*Diminutæ sunt veritates*» (Sal. 112): las verdades se han visto disminuidas. Los hijos de los hombres, según la enérgica expresión del Apóstol, «*tenían en los oídos una comezón de oír algo nuevo*» (II Tit. 47), y surgieron nuevos maestros, y empezaron a decir que el pecado de Adán no nos había hecho tan gran daño, y que las gracias de Jesucristo no tienen un carácter medicinal tan pronunciado...

Hemos ido lejos, demasiado lejos, en esta dirección. El Concilio de Trento, por ejemplo, lanza anatema contra quien diga que «por el pecado de Adán el hombre no fue deteriorado según su cuerpo y según su alma» (sesión 5, canon 1). En ese entonces, pues, la naturaleza estaba deteriorada. Mientras que hoy se nos dice piadosamente –lo hemos leído en una devota publicación–: «¡Cuidado con verlo [el pecado original] como un deterioro!» Lo que era herejía hace tres siglos, ahora se ha convertido en afirmación piadosa.

Para nuestros filósofos y doctores de la naturaleza, el pecado original sería poco más que la ausencia de uno de los adornos de la naturaleza, la gracia. Lo sobrenatural –se ha llegado a decir– no es más que el perfeccionamiento divino de todo lo que la naturaleza tiene de puro y purificado. Se empezó a decir que la caída original no había sido tan pesada, profunda y funesta; que las heridas no tenían la profundidad, gravedad y extensión que antes se creía. Las «conquistas de la ciencia» llevaron luego a decir que bien podría no haber habido caída, para terminar diciendo que, de hecho, no la ha habido.

Al vivir en medio de estas confusiones de doctrinas naturalistas, los cristianos según la moda acaban por no saber demasiado lo que recibieron de Adán y lo que le deben a Jesucristo. No son lo bastante cristianos.

*Cuando en sus oraciones diarias le dicen a Dios: «**Libranos del mal**», no creen en todo el mal de que necesitan ser liberados, ni en todo el poder necesario para su liberación, y quizás se imaginen piadosamente que ellos mismos lograrán realizarla; su ilusión es grande, y su oración no es humilde.*

*Asimismo, cuando le dicen a Dios: «**Venga a nosotros tu reino**», no lo dicen con un pensamiento totalmente conforme con el de Dios. Para ellos, el reino de Dios no es un asunto tan urgente como lo creía San Agustín. Les gusta imaginarlo sólo en la vida futura; mientras tanto, ya encontrarán **medios naturales** de arreglar las cosas. ¡Son tan hábiles y realizan tantas cosas hermosas, en vez del reino de Dios que los cristianos según el Evangelio le piden a Dios cada día!*

El cristiano según la moda y el cristiano según el Evangelio (II)

4º Fe y espíritu de fe.

Aunque la fe sea la misma en todas las almas, por ser en todas un don de Dios, no logra los mismos efectos en todos los creyentes, sino que su acción se diversifica según los entornos en que se halle. Hay almas en las que queda casi estéril, otras en las que su eficacia es muy limitada, y otras en las que realiza grandes cosas, y las realiza con gran poder y maravillosa libertad.

El apóstol San Pablo distingue, con intención claramente marcada, dos cosas que él llama *fe* y *espíritu de fe* (II Cor. 413). La *fe* es un don de Dios, derramado en nuestras almas por el Bautismo, desarrollado en nosotros por la instrucción materna de la Iglesia, y que cada cual debe hacer fructificar, como el talento del Evangelio, para su salvación eterna. El *espíritu de fe* es la fe que anima, inspira y vivifica al cristiano y todas sus obras.

Dionisio Cartujano dio la justa definición del *espíritu de fe*. Es, dijo, *la moción de la fe*. En el hombre, el espíritu es el que lo mueve todo; en el cristiano, *la fe* es la que lo pone todo en obra; y así, *el espíritu de fe* es la moción que la fe imprime en el cristiano. Bajo esta moción, los pensamientos se iluminan, se purifican y se elevan con un poder maravilloso; los afectos, las aversiones, los deseos y las voluntades se rectifican y adquieren un nuevo temple, en el que se unen a la vez la pureza y la firmeza, la ternura y la sublimidad.

La moción de la fe es una moción poderosa y universal: eleva a todo el hombre, y lo lleva todo a Dios. Vierte oleadas de luz sobre todas las cosas, y lo establece en el reino de Dios, bajo el imperio de la verdad, liberándolo así, como dice la Imitación (I, 3, nº 2), de la multitud y confusión de opiniones. Y sobre todo, reduce las cuestiones personales a su justa dimensión, haciendo que el hombre vea su nada y su vanidad, y mostrando que sólo Dios es grande.

La moción de la fe es una moción infalible e invencible. Nunca se equivoca, y nunca nos engaña; nos muestra la meta y nos lleva a ella, sin que nada logre detener su marcha triunfal. «Lo que nos hace victoriosos sobre el mundo –dice San Juan– es nuestra fe» (I Jn. 54).

El cristiano según el Evangelio tiene la fe y el espíritu de fe, la fe y la vida de la fe, la fe y la moción de la fe. Mientras que el *cristiano según la moda* tiene

la fe –por eso es cristiano–, pero demasiado a menudo no tiene la moción de la fe, sino la moción de la moda.

San Pablo nos enseña que Nuestro Señor envió a los Apóstoles y a sus sucesores para llevarnos «a la unidad de la fe, para que ya no seamos niños, sacudidos a la deriva y llevados aquí y allá por todo viento de doctrina» (Ef. 4 11-14). ¡Qué sorprendente descripción de nuestros *cristianos según la moda*: niños sacudidos a la deriva, llevados por todo viento de doctrina! Y es que su debilidad llega a ser puerilidad, su inconstancia es la del viento, y así son juguete de cada doctrina que surge, de todo viento que sopla.

Toda doctrina, en efecto, tiene su espíritu y su moción; y Dios nos ha dado la fe y el espíritu de fe, para que no seamos juguete de todos los vientos de doctrina que surgen, se cruzan, se chocan, se confunden y lo confunden todo en el mundo.

El cristiano según la moda, lamentablemente, carece de fortaleza y de resistencia contra todos estos vientos ajenos. A veces se ve sorprendido y convertido en víctima involuntaria de los mismos; pero en otras los acoge como libertadores y se enorgullece de estar bajo su moción. Dicen que el liberalismo es algo así.

Perdido así casi siempre el criterio de la fe, el cristiano según la moda se reduce a sí mismo a una especie de infancia moral: se despoja de la virilidad cristiana, se pone voluntariamente bajo tutela y, por no querer ser libre con la mente de Dios, se hace siervo de la mente del hombre, siempre estrecha e indigente.

Juguete de los vientos de doctrinas ajenas a la fe, de opiniones humanas impotentes para salvar nada, el cristiano según la moda es fácilmente reconocible: vive triste. De lo más hondo de su tristeza brotan sus fallas y enfados, sus desánimos y rabias, sus caídas evidentes y su orgullo afectado.

*Liberal cuando se siente débil, autoritario cuando se cree fuerte, manso e inclinado hacia los poderosos, atrevido con los buenos que sabe que son inofensivos, carece en su conducta de **unidad**, fruto de la fe y signo del espíritu de fe. A su modo y según los tiempos, es oportunista: no se entrega a nada, ni siquiera a Dios; se presta a cualquier cosa, a veces incluso a Dios; y en fin de cuentas, siempre está triste, porque no quiere alegrarse de todo corazón sólo en Dios.*

5º Adán y Jesucristo, los dos polos de la humanidad.

El cristiano según la moda no es lo bastante cristiano.

Si se nos pregunta hasta qué punto se puede reconocer el grado de cristianismo en un alma, diremos con San Pablo que en toda la humanidad sólo hay dos hombres: Adán y Jesucristo. Recibirlo todo de Adán es no ser cristiano en absoluto; recibirlo todo de Jesucristo es ser totalmente cristiano.

Estar bautizado y llevar la vida de un hombre caído es no ser lo bastante cristiano; reaccionar contra la caída, alejarse de Adán y acercarse a Jesucristo, es estar en el camino de la perfección cristiana. Es lo que nos enseña San Pablo cuando dice: «*El primer hombre, hecho de tierra, es terrenal; el segundo, procedente del cielo, es celestial; y así como hemos llevado la imagen del hombre terrenal,*

debemos llevar ahora la imagen del hombre celestial» (I Cor. 15 47-48). El incomparable San Agustín comenta este pensamiento de San Pablo:

«Por un hombre –dice– hemos sido vendidos al pecado, y por un nuevo hombre somos redimidos del pecado; por uno fuimos lanzados a la muerte, y por el otro somos liberados y devueltos a la vida. Adán, haciendo su voluntad, y no la de su Creador, en sí nos perdió a todos; Jesucristo nos salvó en sí mismo, no haciendo su voluntad, sino la de su Padre. Y en la realidad de estos dos hombres consiste propiamente la fe cristiana» (De peccato originali, cap. 24).

Y sobre la frase del Apóstol: «*Así como por Adán todos mueren, así también por Cristo todos serán vivificados»* (I Cor. 15 22), sigue diciendo San Agustín:

«De ambas partes el Apóstol dijo: TODOS, porque, así como nadie va a la muerte sino por Adán, así tampoco nadie vuelve a la vida sino por Jesucristo. En el primero vemos el poder que ha tenido el libre albedrío para provocar la muerte; en el segundo, el poder que tiene la gracia de Dios para dar la vida... No moriríamos, si no hubiéramos nacido de Adán por la generación carnal; y no viviríamos, si no fuéramos miembros de Cristo por medio de la regeneración espiritual. Y como nadie nace sin la operación de la lujuria carnal, que proviene del primer hombre, nadie renace sin la operación de la gracia espiritual traída por el nuevo hombre que es Cristo. Por nuestro nacimiento pertenecemos al primero, y por nuestra regeneración al segundo» (Ep. 187 a Dárdano).

Así pues, la humanidad gravita en torno a estos dos polos, Adán y Jesucristo.

Por Dios hemos sido creados, pero de Adán nos vino el mal vinculado hoy a la naturaleza: de él hemos heredado la pérdida de la gracia, el pecado original y todas sus consecuencias, para el cuerpo y el alma, en el tiempo y en la eternidad; de él nos vino la ignorancia, de él nos vino la concupiscencia, fuente funesta de corrupción, la inclinación a la vanagloria y el triste amor al placer.

De Jesucristo nos viene la reparación de todos estos males: el Bautismo nos devuelve la amistad con Dios; la fe ilumina poderosamente nuestra inteligencia y nos saca de la ignorancia; la esperanza rectifica y eleva nuestra hambre de felicidad; la caridad cura en nosotros el amor, lo libera de la lujuria y lo eleva hasta el Dios de eterna bondad.

Puesto entre Adán y Jesucristo, el hombre se mueve libremente hacia el uno o hacia el otro: hacia Adán, si sigue la primera moción de su naturaleza caída; hacia Jesucristo, si sigue la moción superior de «*su inmaculada gracia espiritual*», como dice San Agustín. El hombre que sigue los caminos de Adán agrega caídas nuevas y personales a la caída original; el hombre que sigue a Jesucristo, que es «*el Camino, la Verdad y la Vida*», va por el camino en que encontrará infaliblemente la curación de su naturaleza, la preservación del mal, la perfección de todas sus facultades, y por fin la dicha eterna.

El *cristiano según el Evangelio* es así el que camina bajo la guía, la inspiración y la moción que recibe de Jesucristo. Cuanto más unido está a su Cabeza divina, más seguro está de la paz de su alma en esta vida y de su salvación eterna en la otra. El *cristiano según la moda*, en cambio, aunque ha recibido mucho de Jesucristo, no quiere darse totalmente a El. Pone condiciones, hace reservas y cree ser muy sabio al dar una parte a Jesucristo y otra parte a Adán. ¿Acaso Adán no es su